

Egloga 2.^a

ALÉXIS.

Por Aléxis hermoso en amor arde
El Pastor Coridon; y las delicias
Era de su señor, y mas le amaba
Sin esperanza alguna; y solamente
Iba continuo de sombrasa encina
Al empinado bosque, dó sin arte
A las selvas y montes repetía
Sus inútiles quejas. ¡Cruel Aléxis!
Tú desdeñas mis versos; compasivo
Conmigo no eres tú, verás que muero,
Y me obliga á morir tu desden fiero.

La sombra y la frescura ora disfrutan
Mis rebaños, y en asperos abrojos
El verdoso lagarto oculto yace,
Y en medio del ardor del sol estivo,

Los ajos olorosos remoliera
La Téstilis amable á los cansados
Segadores con yerbas olorosas
Y el perfumado trébol; mas yo sigo,
Tus huellas solo con el sol ardiente.
Y el ronco son de la cigarra suena
Sobre el arbusto. ¿Qué mejor me fuera
De Amarílis sufrir el genio activo,
El soberbio desden, y aun á Menálcas,
Aunque él moreno fuera y tú tan blanco?
No seas orgulloso ¡oh pastor bello!
Por tu lindo color, que la azucena
Blanca cae en la tierra despreciada,
Y es la oscura violeta acariciada.

Me desprecias, Aléxis, ni preguntas
Quien soy, ni si poseo gran rebaño,
Y si tengo la leche en abundancia;
Si de Sicilia tengo en la montaña
Mil ovejas errantes en los bosques;
Si en invierno y verano tengo leche.
Yo canto las canciones que entonaba
El Tebano Anfion, cuando el rebaño
Con su voz reunia placentera
Junto al monte Aracinto en la ribera.

Yo tan feo no soy ni tan diforme:
Que con el mar tranquilo en él me viera,
Y á Dáfnis y tú juez, me comparára,
Si no engaña la imágen de mi cara.
Ojalá tú quisieras, bondadoso,

Habitar en mi rústica cabaña,
Y este campo que crees tan grosero:
A los ciervos herir, y de cabritos
Pastorear el rebaño, y el cayado
En tu mano llevar de verde hibisco,
Y de Pan imitando las canciones
Llenára la floresta nuestro canto.

Pan fué el primero que juntó con cera
Las cañas sonoras, Pan protege
Ganados y pastores cuidadoso.

No temas que te dañe el tierno labio
La rústica zampona.... ¿Y qué no haría
Amintas por saber la canción mia?

Con siete largos tubos una flauta
Tengo yo que Dametas me la diera,
Y me dijo al morir:—Serás segundo
Dueño tú. Pero Amintas curioso,
Necio, de mi regalo fué envidioso.
Tengo dos cervatillos, encontrados
En un fondo de un valle mal seguro,
Con la manchada piel de color blanco
Que una oveja alimenta con su leche
Y para tí los guardo; pero Téstilis
Me estrecha se los dé con ansia viva,
Y ella al fin los tendrá; que es enojoso,
Despreciar mis presentes orgulloso.

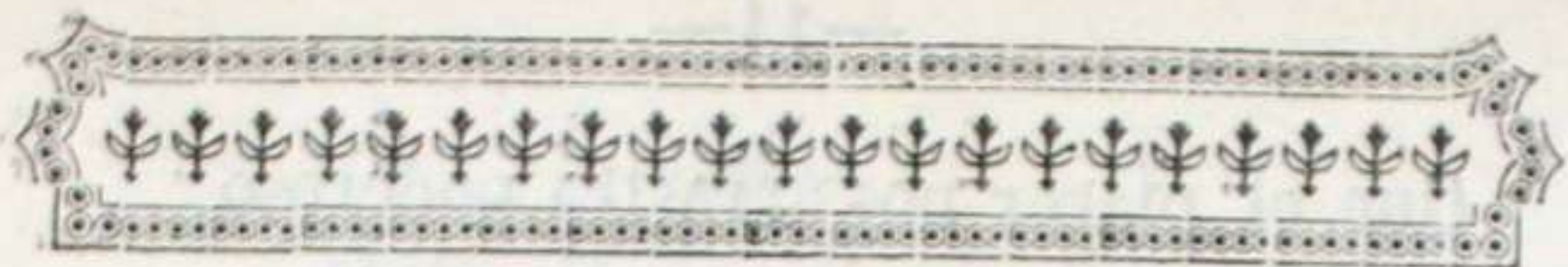
Ven, amable pastor, vente conmigo,
Verás las Ninfas bellas que te traem
Con la olorosa flor el canastillo;

Te dará blanca Nàis sus violetas
Pálidas, y gallarda adormidera
Unidas al narciso y al perfume
Del aneto, enlazado el ramillete
Con romero y acácia y otras plantas
Que olorosas contrastan el dorado
Girasol con las violas. Le he escogido
Por mi árbol, dejé con blando vello
Frescas frutas, ni olvido las castañas,
Que mi dulce Amarílis tanto precia,
Ni las ciruelas de color de cera
Que darán nuevo prez á aquestos frutos:
Y tú, laurel y mirto, ilustres ramos,
Juntos allí estareis bien enlazados
Esparciendo perfumes delicados.

Pero tú, Coridon, eres grosero,
Y Aléxis no procura tus regalos,
Ni si hablas de presentes ceda á Iolas. ...
Pero ¡ay infelice! ¿qué hé nombrado?
Loco las flores con el áustro uniera,
Y el jabalí á las fuentes condujera.
¿De quien huyes, demente? en la floresta
Como yo la habitaron las Deidades,
Y de Príamo el hijo, Páris bello,
Y Minerva á quien placen las Ciudades
Que ella misma fabrica las habite.
Al lobo sigue la leona fiera,
Pero el lobo á la cabra, y al citiso
La cabra, y Coridon á Aléxi hermoso

Que el placer nos arrastra poderoso.
Mira suspensó llevan el arado
Los novillos del yugo, y el sol baja
Y duplica las sombras descendiendo,
Y á mí siempre el amor me está abrasando.
¿Para el amor no hay término? ¡infelice!
¡Coridon, qué delirio te domina!
Medio podada tienes sobre el olmo
La hojosa vid ¿Y tú, acabar no debes
El trabajo de mimbre y blanco junco?
Si te desdeña Aléxis tan tirano,
Otro hallarás mas tierno y mas humano.





Egloga 3.^a

PALEMON.

MENALCAS, DAMETAS.

Menalcas. Dametas ¿de quien es este rebaño?
¿No es de Melibeo?

Dametas. De Egon fuera,
Egon me lo ha confiado.

Men. ¡Ah! infelice
Rebaño! su pastor que es el amante
De Nerea, y que teme me prefiera,
Abandona á un extraño su cuidado
Y cada hora dos veces ordeñara
A las madres que tristes aniquila
Y la leche robando á los corderos.

Dam. Pero tú, sin embargo, pensar debes

Que á un hombre no se dice tal injuria;
Que muy bien sé tambien que te miraba
El cabron de reajo, y que en el templo
Fueran, sin tú observarlo, allí presentes
Las Ninfas que rieron induljentes.

Men. Tal vez esto sería, si me vieron,
Con la hoz en la mano mal podando
De Micon el Pastor las parras nuevas.

Dam. O en el viejo encinar en donde el arco
De Dáfnis con las flechas le rompiste,
Y ¡oh perverso Menalcas! te pesára
Que en la mano del jóven tú las vieras,
Y si no le dañáras, te murieras.

Men. ¿Y que harán los Señores si se atreven
A tales osadías los ladrones?
¿Pues qué, no te ví yo, gran desalmado,
Que al cabron asechanzas preparabas
De Damon, y robaste, y te ladraba
El su perro Licisca muy furioso
Y que yo le gritaba ¿aquel dó fuera?
¡Oh Títiro! recoge tu ganado;
Mas tú en el carrizal te has ocultado.

Dam. ¿Pero si yo cantando le venciera,
Y el cabrito gané, que en el combate
De la fláuta, conmigo él apostára?
Tú, pues, debes saber que aquel cabrito
Es mio; aunque escusando se dijera
Que ponerlo en mis manos no pudiera.

Men. ¿Tú, vencerle cantando? ¿tú, has tenido

Una flauta jamás con muchas cañas?
No eres tú, el ignorante que ensayaba
Su disonante flauta en arrabales
Con miserables tonos no cabales?

Dam. ¿Quieres tú, que probemos nuestra fuerza,
Y alternando cantemos ora mismo?

Yo apuesto esta novilla, y lo merece,
Que dos veces al día se ordeñara
Y dos becerros cria; y tú ¿qué quieres
Darme si en el combate no vencieres?

Men. A apostar del ganado pieza alguna
No me atrevo; mi padre es vigilante
Y mas la mi madrastra, ellos dos veces
Cada día contáran las ovejas
Y dos veces contáran los cabritos.

Mas si tanto el orgullo te domina,
Yo apuesto alguna cosa mas preciosa;
Y convendrás tú mismo, estas dos copas
Que de encina labrada, obra maestra
Hizo el grande escultor Alcimedonte.
Su ligero cincel formó una parra
Con la yedra enlazada, y de ella penden,
Con las flexibles hojas los racimos.

En medio hay dos figuras, y es la una
Conon, pero de la otra, no me acuerdo
Cual es su nombre, pero sé ha medido
Con su compás el universo todo,
Y el tiempo de labor y mies marcaba:
Yo á mis labios aún no las llegára

Y con mucho cuidado las guardára.

Dam. El mismo Alcimedon me hizo dos copas

Las asas guarnecidas con acanto,

Y en medio puso á Orfeo á quien seguian

Las florestas y rocas escuchando.

Y á mis labios aún no las llegára

Que con mucho cuidado las guardára.

Pero si la novilla consideras

Olvidarás los vasos que ponderas.

Men. No quiero que te escapes, yo consiento

En todo; y sea el primero que nos oiga

El que aquí se presente. Para siempre

Quiero apagar en tí tantos furores

De desafiar cantando á otros pastores.

Dam. Veamos lo que sabes, yo estoy pronto;

Yo á nadie temo. Palemon tan solo

Escuchará, si quiere, un breve instante,

Que nuestra apuesta es séria é importante.

Palemon. Cantad, ya que sentados con reposo

Estais sobre la yerba verde y suave,

Ahora que todo el campo está florido

Y la estacion dichosa ha comenzado.

Empieza tú, Dametas, tú le sigue,

Menalcas, en los cantos alternando

Que á las Musas les place así cantando.

Dam. Principiemos por Jove que lo llena

¡Oh Musas! todo y en la tierra habita,

Y oír también mi canto solicita

Men. Febo me honra también con sus favores;

Presentes le doy yo, cual él los ama,
Laureles y jacintos; que él bien sabe
Que á sus ojos agrada el rojo suave.

Dam. La Joven Galatea juguetona,
Me tira una granada, y luego corre,
Y en los sauces se esconde, mas desea,
Que antes que ella se oculte yo la vea.

Men. Amintas, por quien ardo, él mismo viene
Y se ofrece á mis ojos, y mis canes
Que antes conocía Delia bella,
A Amintas le conocen mas que á ella.

Dam. Para mi Vénus tengo prevenido
Un muy rico presente, que he marcado
Dó la torcaz su nido ha colocado.

Men. A mi amigo envié diez pomas de oro
Cojidas en el bosque las mas bellas,
Ni pude encontrar mas, pero mañana
Le enviára otras diez de mejor gana.

Dam. ¡Cuantas dulces palabras he escuchado
De tu boca, mi tierna Galatea!
Vientos, que las ois, que vuestro vuelo,
Lleve algunas que escuche el alto cielo.

Men. ¿De qué me sirve, Amintas, que no tema
Tus desprecios, si sigues entre tanto
Al fiero jabalí tranquilo y ledó,
Y las redes guardando yo me quedo?

Dam. Envíame aquí á Fílida, mi Yolas,
Que hoy es mi natal, y cuando inmole
Mi novilla y el campo esté abundante,

Aquí también te vea en el instante.

Men. A Filis amo yo muy mas que á todas;
Que llorando la ví cuando partía,
Y un largo, Adios, hermoso, repetía.

Dam. Para el pastor el lobo es cruda muerte,
Y la lluvia importuna á mies madura,
Para el árbol frondoso airado viento,
Y enojada Amarilis, mi tormento.

Men. Es del campo sembrado el agua clara
La vida, á los cabritos destetados
Los arbustos, del sauce la hoja blanda
A las ovejas llenas; y mi vida
Es solo por mi Amintas concedida.

Dam. Polion ama mi musa aunque campestre,
Pierides, paced al lector vuestro
La novilla que ofrece el amor nuestro.

Men. Versos hace Polion, paced el toro
Que con sus pies esparce las arenas,
Y alegre embiste con el asta apenas.

Dam. Quien te ama, Polion, contigo venga
Donde te place, que la miel dorada
Allí corra tornándose el abrojo
Amomo suave y el jacinto rojo.

Men. Quien no odie á Bavio ame tus versos,
Mevio; y las zorras en el yugo estreche,
Y ordeñe á los cabrones blanca leche.

Dam. O pastor, que recojes flores bellas
Y las humildes fresas, diligente
Huye que aquí se oculta la serpiente.

Men. Ovejas, no avanceis con vivo paso,
Que esta ribera infiel es mal sendero
Ni allí seca su lana mi carnero.

Dam. Títiro, si á pastar llevas tus cabras,
Sepáralas del río, que en la fuente
Lavaré mi rebaño al sol ardiente.

Men. Pastores, recoged vuestras ovejas
Pues que el calor agota blanca leche;
Que tal el otro día aconteciera
Y vanas las mamilas oprimiera.

Dam. Qué flacos ¡ay! mis toros estoy viendo
En pastos tan floridos y abundantes!
Amor crüel, de tí yo no lo extraño
Que amor pierde al pastor y á su rebaño.

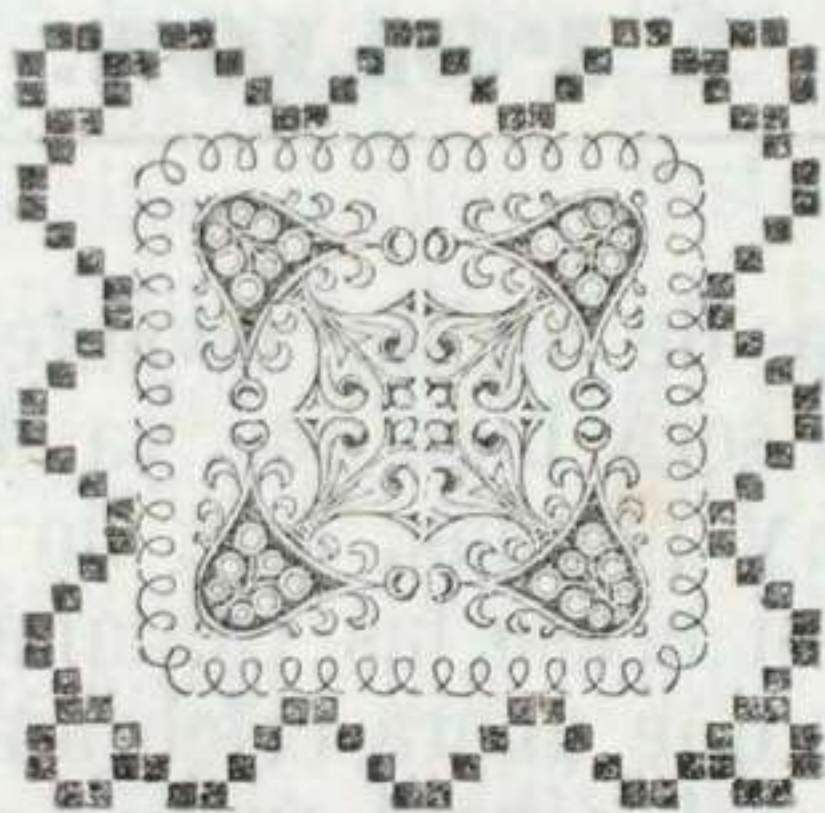
Men. Al mío no le daña amor tirano,
Y apenas en sus piés caminar puede,
Cjos malignos son que con sus brillos,
Hechizaron mis tiernos cabritillos.

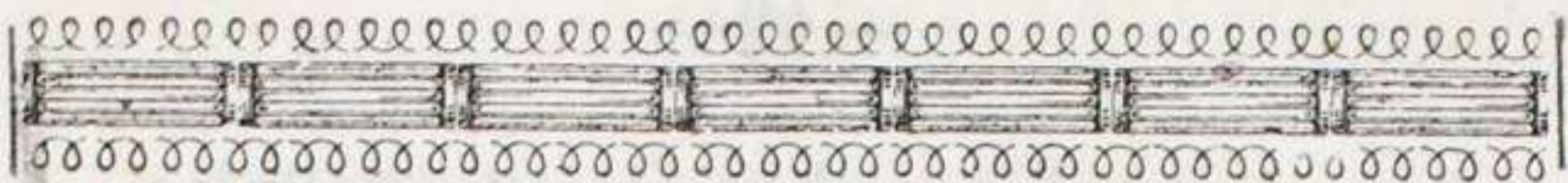
Dam. Dí; y para mi serás el grande Apolo:
¿En donde está el lugar de nuestro suelo,
Que tres codos no mas muestra del cielo?

Men. ¿Dime, tú, en que lugar nacen las flores
Que el nombre escrito de los reyes sella,
Y tú solo, tendrás, mi Lilis bella?

Pat. Mio no es arreglar pleito tan grande
Entre vosotros, que ambos dignos fuerais
De la novilla, ya canteis amargos,
O ya dulces amores tan peritos.
Cerrad vuestras corrientes, ó zagales,

Que asaz bebiera el prado sus cristales





Egloga 4.^a

Á POLIION.

¡Oh Musas de Sicilia! levantemos
La voz, que será bien que ya dejemos
Los árboles y plantas, que no á todos
Agradan, y si acaso las cantamos
Las florestas que ahora celebramos,
Dignas séan del cónsul en sus modos.

Llegó por fin la edad tan deseada,
Por la docta Sibila ya anunciada;
La gran série de siglos principiára
Y Astrea á nuestro globo retornára;
Reina otra vez Saturno poderoso,
Y envia el cielo el vástago glorioso.

Casta Lucina, tu favor ostenta
Al niño que al nacer se nos presenta,
Para acabar la edad de hierro duro,

Y volvernos aquella de oro puro.
Ven ya, casta Lucina, que tu Apolo
A todo el orbe lo gobierne solo,
Y para tí este honor guarda el destino.

Que cuando seas tú, Polion divino,
Cónsul principiarán meses brillantes,
Y bajo tus auspicios, los restantes
Al crimen pondrán fin, y en paz dichosa
Verá toda la tierra que reposa.

Como los Dioses gozará su vida
Este niño de Dioses el cuidado,
Le verán que disfruta sus honores
Tributándole inciensos y loores;
Y en las pátrias virtudes instruido
Por él el mundo en paz será regido.

La tierra, hermoso niño, sin cultura
Dones te ofrecerá de la natura;
Verás la humilde hiedra y el oliente
Bacar con el acanto tan riente
Y colocásia unidos; y llevando
Las cabras blanca leche rebesando,
Tornarán á la casa sin temores
Del leon implacable en sus furores
Será un jardín tu cuna deliciosa,
No nacerá serpiente peligrosa,
Ni pñanta con el pérfido veneno;
Todo de asirio amon se verá lleno.

Mas, cuando ya leer puedas la gloria,
Y los heróicos fastos de la historia,

Y de la alta virtud el prez entiendas,
Verás con blanda arista por las sendas
Rúbias mieses brillando, y los racimos
Los abrojos darán rojos y opimos,
Y las duras encinas destilando
Darán miel que en rocío irán brotando.

Y si de antiguo crimen quedan restos,
A Tétis surcarán leños funestos;
Ceñirán las Ciudades fuertes muros
Y surcos á la tierra mal seguros.
Y otro Tísis vendrá, y otra Argos nueva
Que héroes lleve á la terrible prueba,
Y volverá la guerra y otra Troya,
Y otro Aquiles también y otra Tramoya.

Mas despues que la edad perfecta llegue,
Y entonces el piloto no navegue,
Ni el pino volador las mercancías
A otras playas conduzca en raras vías;
Porque la tierra sola en fiel constancia
Todo ha de producir en abundancia;
Ni el diente del arado el suelo hiera,
Ni á la frondosa vid la podadera,
Y fuertes y robustos labradores
Al toro darán libre de dolores.
La lana no tendrá color mentido
Que el de nieve será con que ha nacido;
Y si púrpura roja la tiñere
El pasto la dará que la nutriere,
Que el bermellon y múrice preciado

Y amarillo azafran han regalado.

Y las Parcas sus husos agitando,
Corred, siglos, decian, venturosos;
Y los husos volando presurosos
Fieles cumplan del destino el mando.

Pero acércate ya, que los honores
Te aguardan de los Dioses, prole cara,
Ornamento de Jove, los loores
Que la ondeante esfera anuncia clara,
Y la tierra y el mundo todo entero
Publican este siglo venidero.

Pueda yo prolongar de esta mi vida
El aliento y espíritu, y no ceda
Sin que tus altos hechos cantar pueda;
Y entonces ni mi voz será vencida
Ni por el Tráicio Orféo en sus canciones,
Ni de Lino armonioso por los sonos:
Aunque aquel de Caliope el hijo fuera,
Y á éste el hermoso Apolo el ser le diera.

Empieza con tu risa, tierno niño,
A mostrar á tu madre tu cariño,
Que nueve largos meses prolongados
Con disgusto y fastidio son pasados.
Empieza, hermoso niño, que su risa,
Que ya la tuya espera, bien te avisa
Que aquellos que á sus padres no rieron,
Ni al banquete de Dioses asistieron,
Ni á una Diosa llevó con lazo estrecho,
Que el cielo goce en delicioso lecho.



Egloga 5.^a

DÁFNIS.

MENALCAS.—MOPSO.

Men. Pues que juntos estamos, Mopso amigo,
Y el talento me une á mi contigo;
Tú, de campestre flauta en la armonía,
Con sus versos á mí la poesía;
¿Porqué aquí no cantamos mano á mano
Entre enlazados olmos y avellano?

Mop. Ya que tú eres mayor, obedecerte,
Menalcas, debo: y ora tú ponerte
Conmigo aquí bajo estas verdes hojas
Que los céfiros mecen; ó te acojas
A la vecina gruta entapizada
Y en silvestres racimos adornada.

Men. En toda esta montaña Amintas solo
Disputará contigo tanta gloria.

Mop. ¿Y disputar no puede la victoria,
Si cantára con él el mismo Apolo?

Men. Mopso, principia tú, si es que tú sabes:
De Filis la cancion y sus amores,
O la gloria de Alcon y sus loores,
O del valiente Codro el prez alabes,
Que Títiro entretanto bien quisiera
Los cabritos pastar en la pradera.

Mop. O ensayaré, mas bien, el canto nuevo
Que escribí en la corteza de la encina
Cantando y escribiendo; y aun lo llevo
Bien fijo en la memoria, te imagina.
Y despues me dirás, quieras se entienda
De tu Amintas conmigo la contienda.

Men. Cuanto el flexible sáuce en su belleza
Cede al pálido olivo en gentileza,
Y el humildoso espliego á rosa ardiendo;
A Amintas á tu lado estoy poniendo.

Mop. No digas mas, pastor, esta es la gruta,
Ya puede principiar nuestra disputa.

De Dáfnis están llorando
Las Ninfas la muerte fiera.
Visteis ¡oh rios y bosques
Y Diosas la pena acerba!
Visteis á una tierna madre
Los restos que al seno estrecha
De aquel hijo tan querido!

Como gíme y se lamenta
Al Cielo y Dioses tan sordos
A sus sentidas querellas!

¡Oh Dáfnis! En estos dias
De llanto, dolor y pena,
Ningun pastor llevar quiso
Sus bueyes á la ribera,
Ni gustáran sus rebaños
Blanda yerba ni agua fresca.

Dáfnis, los mismos leones
Lloran tu muerte funesta,
Y el monte y selva repiten
Su triste voz lastimera.

Dáfnis solo unció los tigres,
Los fieros tigres de Armenia,
Que condujeron su carro
De Baco alegre en las fiestas,
Vestida de hojosas vides
La terrible lanza horrenda.

Como al árbol vid lozana
Gracia y ornamento presta,
Al rebaño el gentil toro,
Y á mies rubia ancha pradera;
Tú eres, oh Dáfnis, la gloria
De tus pastores poetas.

Despues que la dura Parca
Te nos robó; con tu ausencia
Ni á Páles ni al rojo Apolo
Nuestras campiñas ya vieran.

Si en los surcos, abundante
Grano la mano esparciera,
Hoyo y avena nacian;
Y en vez de blandas violetas,
Y purpurinos narcisos,
Cardos y abrojos se muestran.
Cubrid la tierra con hojas,
Las fuentes con sombra amena,
Que Dáfnis así lo manda:
Y para memoria eterna,
Levantadle su sepulcro
Y en él grabad estas letras:
*«Yo fui Dáfnis conocido
En la selva y las estrellas,
El guardó ganado hermoso
Y fué mas hermoso que ellas.»*

Men. Para nosotros es tu dulce canto,
O divino pastor, muy mas sabroso
Que el disfrutar en césped recostados
El sueño de cansancio fatigados;
O la sed apagar de estío ardiente
Con agua murmurante en fresca fuente.
Tú puedes compararte á tu maestro
Diestro en el canto, y en la flauta diestro.
Pastor afortunado, semejante
A otro Dáfnis serás, tierno, elegante;
Pero á mi vez tambien yo cantar quiero,
Y que pueda mostrar mi amor sincero.
Versos del bello Dáfni en alabanza

Que hasta el cielo los lleve mi esperanza,
Y las estrellas me serán testigos,
Que de Dáfnis yo fui de los amigos.

Mop. Y qué mayor placer darse pudiera?
Digno fué este pastor mi acento oyerá;
De sus versos el canto asaz he oído
Que el mismo Estimicon lo ha repetido.

Men. Con la cándida luz Dáfnis brillando,
Del Olimpo el palacio está mirando,
Lleno de asombro al ver su mansión nueva
Y que bajo sus pies él mismo lleva
Las nubes y los astros; la alegría
En los bosques y prados relucía;
Y Pan y las Driadas y pastores,
Del transporte mas vivo á los ardores,
Se entregaban gozosos;
Ni estaban temerosos
Del lobo y su cruel diente
El ganado inocente,
Ni el ciervo en las tendidas
Redes del cazador siempre escondidas.
La montaña y floresta,
Gritos de alegre fiesta
A los cielos levantan:
Las duras peñas cantan,
Con los intactos montes, la alta gloria
Celebrando de Dáfnis la memoria;
Que el benéfico Dáfnis asegura
Que en su antigua mansión paz reina pura.

Todos dicen que es Dios, y lo publican
Con Menalcas que es Dios lo testifican.
¡Oh Dafnis! sé propicio á los primeros
Que de tu juventud son compañeros.
Cuatro altares aquí levantaremos,
Dos en honor de Jove dispondremos,
Y en cada año habrán dos copas llenas
De la espumosa leche, y las amenas
Olivas darán dos de aceite graso,
Y el banquete alegrando con su vaso,
Baco repartirá sus ricos dones
Junto de los carbones,
Si acaso el astro frío nos molesta,
Y si el ardiente estío nos abrasa
Bajo la fresca sombra nada escasa
Con oloroso néctar que dá Scio
Que mejor que el del cielo será el mio.
Me cantará Dameta,
Y el gran cantor Egon, aquel de Creta,
Y Sátiros saltantes, imitando
Su flauta, Alfesibeo acompañando,
Un solemne homenaje te daremos
Y de Niufas la fiesta celebremos;
Y la víctima sacra paseando,
Y las mieses del campo visitando.
Mientras que al jabalí la alta montaña
Plazca y al pez dorado la mar baña,
Y á la abeja el tomillo dé sustento,
Y á cigarra el rocío dé alimento;

Siempre tu gloria y culto eternos fueran
Mientras que los pastores existieran.

Votos te ofrecerán los labradores

Y como á Baco y Ceres sus loores,

Y harán tus beneficios repetidos

Con su ofrenda cumplir reconocidos.

Mop. ¿Y que don te daré por tus cançiones?

Ni yo oyera jamas tan dulces sonos

Conducidos del áustro lisonjero

Si al medio dia silva placentero,

Ni el murmullo de la onda bulliciosa

Ni en el valle entre rocas presurosa.

Men. Al menos te daré la flauta mia

Con la que antes yo cantar solía:

Por Aléxis hermoso en amor arde

El Pastor Coridon; ó esta cantara:

¿Es tuyo este rebaño, ó Melibeo?

Y con la misma siempre acompañára.

Mop. Y tú, Menalcas, toma este cayado

De metal guarnecido; es muy preciado

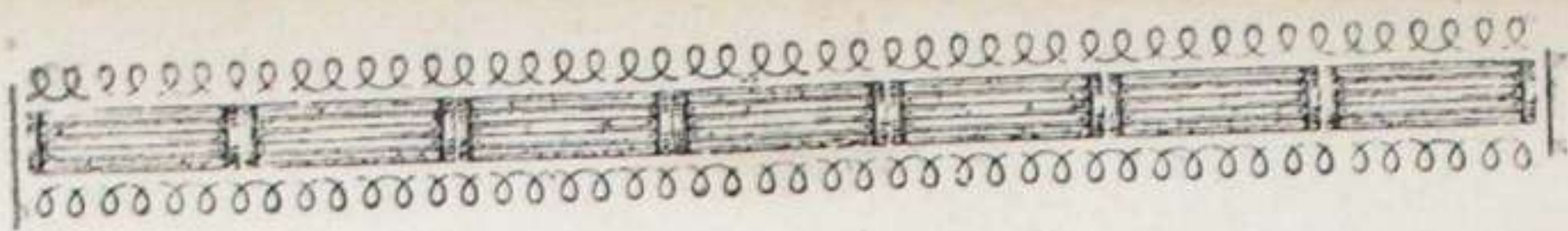
Por sus nudos iguales

De los otros zagales,

Antígones lo pide con mucha ansia (cia.

Y no cedí, aunque hermoso, á tanta instan-





Egloga 6.^a

SILENO.

 Mi musa se ha dignado la primera,
Cantar como el pastor Siracusano;
Y habitar en las selvas y en los bosques,
Sin que le avergonzara el verde ramo.
Yo cantaba los reyes y las guerras,
Mas de mi oreja tira Cintio airado,
Y me advirtió que basta á los pastores
Ovejas canten con el verso llano.
Yo ahora, Varo, ya que tantos cuidan
Tu alabanza decir y á Marte infáusto,
Cantaré con mi dulce caramillo
De Febo obedeciendo á su mandato;
Y si alguno leyere el verso mio
Y oyere resonar el eco blando
De Varo, cuyo nombre es tan querido
Del arbusto risueño y verde prado;

¿Habrá Febo una página mas dulce
Que la que lleva el nombre de su Varo?

Seguid, Diosas del Pindo, Menalipo
Y Crómis bellos jóvenes gallardos
Encuentran á Sileno que dormía
En su sombrosa gruta, el rostro hinchado
Del vino que abundante ayer bebiera,
Cual siempre le sucede, y allí á mano
Están de flores las guirnaldas mustias,
Y de un clavo pendiente el viejo cántaro.
Ellos de él se apoderan, que Sileno,
Hacia mucho tiempo, con engaño
Faltára á la palabra de que oyeran
De su divina voz el dulce canto,
Y en sus propias coronas le aprisionan.
Egle llega tambien; Egle, el encanto
De las Nayades, y con ellos junta
Su timidez anima, y el anciano
Los ojos abre, y con sangrientas moras
El semblante le dejan bien pintado.

Rie Sileno del ardid y dice:

¿Para que esta violencia y estos lazos?
Dadme la libertad, queridos niños,
Me basta la sorpresa, oid el canto
Que ahora yo os diré, pastores bellos,
Mas otra recompensa á Egle yo guardo.
El entonces principia; al punto vieras
Los brutos juntamente con los Fáunos
Danzar en torno, y á la dura encina

Con su cima seguir el compás grato;
Ni Apolo con su lira melodiosa
Mayor gozo y placer diera al Parnaso,
Ni mas admiracion causára Orfeo
Al Ródope y montañas del Ismaro.

El entonces cantó, como empezára
La tierra con el aire, el fuego bravo
Que en el vacío inmenso difundidos,
Sirvieron de elemento con sus átomos
Al mundo todo; al sol recién nacido,
Menos firme rodar aun tierno y blando;
Poco á poco es mas duro y á Nereo
Sus límites le pone con sus rayos:
Y toma él mismo diferentes formas
Y al nuevo sol las tierras admirando,
Alzarse ven las nubes que retornan
En lluvias convertidas con espanto;
Y las florestas crecen y las bestias,
Que aunque pocas en número, vagando
En las montañas ván desconocidas.

De Pirra canta luego los guijarros
Fecundos, de Saturno el reino, el buitre
Que habitó las alturas del Caucáso,
De Prometeo el robo, sin que olvide
La nave que conduce á los de Argos,
Y á Hilas y la fuente en donde queda
Entre llanto y clamor abandonado:
Y toda la ribera repetia
Hilas, Hilas, el nombre malhadado.

Y bien dichosa fuera Pasifae,
Si nacido no hubieran los rebaños
Ni de un toro el amor la consolara.
¡Ah princesa infeliz! ¿quien te ha engañado?
Las Prétides lloraron con mugidos
Falsos corriendo los amenos campos,
Mas ninguna apetece amor monstruoso,
Aunque todas temiesen el arado
Y las astas buscasen en su frente.
¡Ah virgen infeliz! tú andas errando
En las montañas mientras que tu amante
De oloroso jacinto en lecho blando
La su nevada espalda reclinára,
Y bajo negra encina busca el pasto
De las pálidas violas, ó persigue
A una hermosa novilla del rebaño.
«Ninfas de Creta, Ninfas, las salidas
«Cerrad del bosque; atentas registrando
«Si la huella encontrais de algun novillo,
«Que tal vez atrevído, por acaso
«A verde pasto, ó que mas bien siguiendo
«Algun rebaño le conduzca incáuto
«Vencido del amor de una novilla
«De Gortina abundosa á los establos.

Tambien cantó Sileno á la Hesperide,
Que admiró de la poma el fruto raro;
De Faeton á las hermanas tristes
Que su voz cubre con laurel amargo;
Tambien celebra á Galo que recorre

Del Permeso la orilla, acompañado
De una de las Musas y del Pindo
Cintio y su noble corte le acataron,
Y el pastor Lino cuya heróica frente
Ciñe brillando el victorioso láuro,
Y le dice en lenguaje de los Dioses:
«De las Musas recibe, insigne Galo,
«Aqueste caramillo armonioso
«Que antes fué del pastor de Ascreos campos;
«Y con sus ecos descender hacia
«Las encinas del monte mas alzado,
«Y repetir antiguas maravillas
«Del bosque de Grinea, y que tu canto
«Le merezca la gloria de que Apolo
«Le prefiera á otros bosques consagrado.»
¿Hablaré yo de Scila hija de Niso
O de aquella famosa que ladrando
Lleva en torno de sí los mónstruos fieros
Que atraen el bajel de Ulises sábio,
Y los canes hambrientos devoráran
Trémulos marineros espantados?
¿Cantaré de Tereo la mudanza
Y el horrible presente sanguinario
Que preparó la cruda Filomela,
Por el que vierte doloroso llanto,
Y en ave fugitiva en los desiertos
Transformada rodea su palacio?

En fin, todos los cantos que el Eurotas,
De Febo oyera en su divino labio,

Y aprendieron los láuros inmortales,
Los repitió Sileno, y los llevaron
Los ecos desde el valle sonoro,
Y el bosque de armonia resonando
Hasta el Empíreo cielo, mientras brilla
De la tarde el lucero con sus rayos,
Y recojen los tímidos pastores
Y cuentan cuidadosos sus ganados,
Y de disgusto llenos los encierran
Y al Olimpo pesó luciera el astro.





Egloga 7.^a

MELIBEO, CORIDON, TIRSIS.

Melib. Só la frondosa encina
Está Dáfnis sentado, y se encamina
Coridon hácia adonde por acaso
Tirsis á su rebaño diera paso.
Eran ambos pastores,
De ovejas Coridon, Tirsis de cabras
Cuyos ubres rebosan mil albores;
En ambos brilla juventud primera,
Árcades ambos y á ambos musa diera
Alternando cantar dulces palabras.
Yo allí, mientras los mirtos defendia
Contra los hielos de la estacion fria,
El rey de mi rebaño habia perdido;
Entonces yo ví á Dáfnis y él me vido.

—Pronto llégate acá, buen Melibeo,
Tus cabras y el cabron están seguros;
Y si estar aquí puedes sin apuros
Descansa en esta sombra. En la pradera
Tus bueyes beberán, que la ribera
Borda el Mincio abundoso coronado
Con el verde carrizo, y regalado
Con el susurro suave
Que la abeja en la encina formar sabe.

¿Y qué yo hacer pudiera? Ni yo via
A Aléxis, ni á Fílida tenia
Para encerrar con ellos los corderos
Que destetados fueron los primeros.
También de un gran combate se trataba
Que en Coridon y Tirsis se aplazaba,
Y yo sérios asuntos posponiendo
Y el ser juez de los dos anteponiendo,
Con alternos cantares empezaron
Y las musas sus versos recordaron,
Y Coridon cantando así el primero
Tirsis le respondia el postrimero.

Cor. ¡Oh ninfas de Beocia, mis delicias!
Concededme poéticas caricias
Cual las dais á mi Codro tan querido
Que en su cantar á Apolo es parecido:
Y si á el solo le dás favor divino
Mi fláuta colgaré de aqueste pino.

Tir. ¡Pastores de la Arcadia! sea la frente
Con hiedra coronada del naciente

Poeta y que de envidia Codro muera,
Y aunque le pese si alabanza diera,
Cíñele con el bácar oloroso
Que la lengua entorpesca al envidioso.

Cor. ¡Casta Diana! de Micon piadoso
Esta ofrenda recibe del cerdoso
Jabalí la cerviz y del ramoso
Vividor ciervo el asta, y si me amas
Y en la caza me prestas la ventura,
Una estatua te haré muy blanca y pura
En el mármol pulido, y roja grana
Adorne en borceguí pierna galana.

Tir. Priapo, si te ofresco en cada un año
De blanca leche un vaso azas tamaño,
Con la torta sagrada satisfecho
De mi ofrenda estarás; pues que yo he hecho
Cuanto pudiera hacer un jardinero
De un mezquino jardin, y te venero
Hecho de blanco mármol, mas si fueran
Fecundas mis ovejas y parieran,
Si ahora en dura piedra yo te adoro
Vieras luego brillar tu imágen de oro.

Cor. Nerina Galatea, muy mas suave
Que dulce miel hiblea, y mas que el ave
Canora, blanca, deleitosa y bella
Mas que nevada hiedra, si la estrella
De la tarde mis bueyes hartos viere
Y al establo su luz los condujere,
Si aun de tu pastor sientes el fuego

A ver tu Coridon vendraste luego.

Tir. Que mas amargo sea que la yerba,
Que en su seno Cerdeña se reserva,
Mas erizado que arrayan velloso,
Mas que las ovas vil en suelo undoso;
Si es que no me parece a questo dia
Muy mas largo que un año en su porfía.
Volved, novillos mios, que ya es hora.
¿Vergüenza no teneis de tal demora?

Cor. Musgosas fuentes, yerba muy mas blanda
Que el deleitoso sueño, hermosa banda
De arbustos que dan sombras apacibles
Contra ardores del sol irresistibles;
Defended el rebaño, que el estío
Ardiente viene y abrasa sin desvío
Del alegre sarmiento al fruto hinchado
Que en la parra caliente el sol alzado.

Tir. El hogar aquí está con tea untuosa
Y del fuego la llama no reposa,
Y el hollin las paredes rodeando
Negras como los postes vá tornando,
Y á Bóreas helado en tanto tiene,
Cuanto el lobo al pastor que á contar viene
Su rebaño ó el rápido torrente
Que la ribera asalta de repente.

Cor. El fruto del enebro y espinosas
Castañas, y las pomas abundosas
Bajo la sombra están del arbol bello
Que las llevára; y risa derramando

Todo es gozo y placer, pero faltando
De estos montes Aléxis el hermoso
Hasta se seca el río caudaloso.

Tir. Ardiendo el campo está, y el aire ardiendo
Mata la yerba en el sediento prado,
Y el mismo Baco envidia del collado
La sombra que la viña vá estendiendo;
Mas si Fílida viene, reverdece
Y con lluvia de Jove reflorece.

Cor. A Alcides es el álamo agradable,
La viña á Baco, pero á Idalia amable
El verde mirto y el laurel á Febo;
Mas Fílis ama el avellano nuevo;
Y mientras Filis ame el avellano
Ni al mirto cede ni al laurel galano.

Tir. Bellisimo es el fresno en la floresta,
En el jardin el pino, y en la opuesta
Ribera es el álamo, en la montaña
El abeto sombreando la cabaña.
Mas, Lícidas hermoso, tú viniendo
Fresno y pino á tu vista irán cediendo.

Mel. De esto me acuerdo yo; Tirsis vencido
En vano al triunfo aspira ya perdido:
Y esto entonces hiciera
Coridon, Coridon, que nuestro fuera.



Egloga 8.^a

DAMON y ALFESIBEO.

El canto de Damon y Alfesibeo
Que admiró á la novilla, y olvidára
La fresca yerba mientras lo escuchára,
Y el lince se pasmó con el recreo
Del armonioso verso, y su carrera
El rio suspendió luego que oyera
El canto de Damon y Alfesibeo
Que ahora repetirlo es mi deseo.
Tú, que vences las rocas del Timavo
O de la mar de Iliria estés al cabo,
¿Cuándo el dia será en que yo pueda
Tus hazañas decir? ¿ó será cuando
De tu trágica musa celebrando,
Conozca el mundo entero cuanto exceda
Y de Sófocles solo digna sea?
Contigo principiára mi tarea,
Contigo acabará, por tí mandado

Este mi débil canto ha resonado.
Tú á mi mano permite haya la gloria
Mi hiedra enlace al láuro de victoria.
La fresca sombra de la noche umbria
El cielo abandonaba, que rocía
El céspede florido que al ganado
Tan grato es; Damon, bien apoyado
A un verde olivo, con su voz sonora
El bosque llena con su canto y llora.

Damon. Levántate, lucero luminoso,
Y del dia preven el brillo hermoso
Mientras que yo engañado indignamente
Por un amante infiel, mi voz doliente
A los Dioses se queja ¿mas que presta
A Dioses invocar que ella detesta?
Pero antes de morir oirá el cielo
Las voces de mi amor bañado en duelo.
Tú canta, flauta mia, que ya igualo
Mi canto con los tonos del Menalo.

Tiene el Menalo bosques sonorosos,
Y pinos que resuenan armoniosos,
Por que él escucha siempre á sus pastores
Cantares repetir de sus amores;
Y fué el divino Pan el que les diera
El caramillo que antes mudo fuera.
Tú canta, flauta mia, que ya igualo
Mi canto con los tonos del Menalo.

Es Nisa ya de Mopso ¿Que esperamos
Los amantes? No es extraño que veamos

El corcel y el grifon en lazo unidos,
Y el tímido cervato y can rabioso
Beber en una fuente confundidos.
Enciende, Mopso, el pino luminoso
Que ya llega tu esposa ¡Qué dichoso
Marido! arroja nueces, por tí solo
La estrella del pastor ahuyenta á Apolo.
Tú canta, fláuta mía, que ya igualo
Mi canto con los tonos del Menalo.

¡Y como eres bien digna de tu esposo!
¡Como tu corazon fiero, orgulloso
A los otros desprecia y el sonido
De mi fláuta te enoja, y el balido
De mis cabritas, y mi ceja espesa
Y prolongada barba; y aun te pesa
Creer el que haya un Dios que á los mortales
Gobierne y que se duela de sus males!
Tú canta, fláuta mia, si es que igualo
Con mi canto los ecos del Menalo.

Yo te ví con tu madre que venias
Tierna niña á cojer en mis vallados
(Y te guiaba yo) frutos rociados;
Ni los frágiles ramos alcanzára
Si mi mano tocarlos intentára;
Ni entonces años doce eran mis dias:
Pero así que te ví, de amor la vira
Hirió mi corazon que ahora delira.
Tú canta, fláuta mia, si es que igualo
Con mi canto los ecos del Menalo.

Ya sé lo que es amor, á luz le dieron
El Ismaro y el Ródope, ó los que fueron
En el Africa estremos; ni parece
Ser niño que nació de nuestra especie.
Tú canta, ó flauta mia, sí es que igualo
Con mi canto los ecos del Menalo.

Cruel amor enseñó manchar la mano
Filial con sangre del materno pecho.
¡O madre! tú mas cruel que amor insano?
Amor cruel, y cruel madre tú te has hecho.
Tú canta, ó flauta mia, si es que igualo
Con mi canto los ecos del Menalo.

De la oveja huya el lobo, y dura encina
Lleve manzanas de oro, y la divina
Flor del Narciso de los olmos penda,
Y de viles arbustos se desprenda
El ámbar oloroso, al cisne bello
Venza el buho en su canto y albo cuello:
Y sea Títiro Orfeo entre las flores,
Y Arion entre Delfines nadadores.
Tú canta, flauta mia, si es que igualo.
Mi canto con los ecos del Menalo.

Que todo sea la mar, salud campiñas,
Fronchosos bosques y olorosas viñas,
Desde la cima de este monte alzado
Me arrojaré á las ondas, destinado
A ser el don postrero que mi suerte
A esa infiel pueda darle con mi muerte.
Calla ya, flauta mia, que no igualo

Con mi canto los ecos del Menalo.

Esto cantó Damon; lo que cantará
Alfesibeo con vuestra voz clara
Decidlo, Musas sábias, no me ha sido
Que yo todo lo diga concedido.

Alfesibeo. Del sacrificio el agua preparada
Tendrás y con las vendas los altares
Y el masculino incienso que abrasares
Con la verbena; y luego sea invocada
La mágia poderosa que domine
Y sentidos del pérfido le incline,
Y dispuesto ya todo en aquel ato
Solo falten palabras del mandato.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego
De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Por encantos Diana deja el cielo,
Y Circe con encantos en el suelo,
De Ulises transformó los compañeros
Y con la voz de los encantos fieros
A la fria serpiente venenosa
La muerte se la diera presurosa.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego
De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Bien ligada tu imágen disponiendo
De diverso color tres fajas siendo,
Tres veces el altar voy paseando
Que al Dios le place el ímpar numerando.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego
De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Amarilis, harás tres lazos crudos
A estas fajas que ves de tres colores,
Haz tres lazos y dí: *de los amores*

La madre Venus es, yo ato sus nudos.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego
De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Como á greda endurece el fuego ardiente
O líquida la cera diligente,
A Dáfnis con mi amor tal le suceda,
O cera se liquide ó torne greda.

Ya la harina sagrada esparce ahora
O el láuro con betun fuego devora,
Si en su amor me abrasáre el inclemente,
Que el pérfido se queme de repente.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego
De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

De Dáfnis sea el amor muy semejante
Al de ardiente novilla que anhelante
Repechos corre y empinadas cuestas,
Enmarañados bosques y florestas,
En busca del novillo sus amores;
Y fatigada al fin con sus ardores
Sobre la verde yerba junto al río
Perdida, sin pensar en su extravío
Que la noche se acerca y se abandona;
Y tal sea el amor que le corona,
Que viéndole sufrir ea su locura,
Yo insensible rehuse el darle cura.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego

De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

El pérfido hizo mas, que ante mis ojos:
La prenda de mi amor me dió en despojos:
Que en el umbral escondo cuidadosa;
Prendas de Dáfnis son tenlos celosa.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego

De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Estas yerbas que Méris me las diera,
Y que en el Ponto el mismo recojiera,
Y que el Ponto produce con frecuencia;
Yo ví de su veneno la escelencia,
Le ví tornarse lobo y esconderse
En el bosque; que un muerto se aparece
Del sepulcro y trasporta en un instante
Mieses de un campo á otro mas distante.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego

De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Amarilis, arroja esta ceniza,
Por tu espalda hácia atras, dentro del rio
Sin que la mires, que el encanto mio
Es contra Dáfnis el mejor que hechiza:
Mas él Dioses desprecia y todos cuantos
Despliegan su poder rudos encantos.

Traed, encantos, á mi Dáfnis luego

De la Ciudad traedle, yo os lo ruego.

Pero mira ¿no ves, por sí, inflamada
La ceniza que habia resguardada
Junto al altar con su brillante llama?
¡Qué buen agüero es! dice la Fama:

Pero ignoro cual sea, Hilax ladrando
En el portal está; pero yo ¿cuando
Tal creeré? ¿No saben los amantes
Dulce sueño fingirse delirantes?
Cesad, encantos, que mi Dáfnis viene,
Y Amor en la Ciudad no le detiene.





Egloga 9.^a

LÍCIDAS Y MÉRIS.

Líc. ¿Adonde vas tú, Méris? vas sin duda
A la Ciudad que allí la senda guía?
Mér. Lícidas, para mí vida tan cruda
¿Porqué el ei lo me dá? yo no prevía
Me dijera jamas un extranjero
Este huerto ya es mio, yo lo quiero;
Colonos, id de aqui, buscad asilo
En otra parte. No hallaré tranquilo
Ni tan solo un lugar para un vencido,
La fortuna que todo lo ha perdido
Los cabritos me manda enviarle presto.
¡Que los Dioses los tornen don funesto!
Líc. En verdad, yo habia oido que hasta donde

Con su suave declive el río esconde,
Al bajar la montaña, los terrenos
Y vieja encina con la copa menos,
De Menálcas la musa lo alcanzára
Y por favor así lo conservára.

Mér. Tú, lo oirias y corrió esta fama:
Mas, si la trompa de Mavorte clama,
Son los versos palabras cuyo vuelo
El águila aniquila desde el cielo.
Y sino me advirtiera la corneja
Del hondo hueco de una encina vieja,
Por la izquierda cantando, que mi ruina
Estaba ya dispuesta asaz vecina;
Tiempos sobrados, Lícidas, corrieran
Méris ni tu Menalcas existieran.

Lic. ¡Ay! ¿quien capaz será de tal delito?
Al pensar en tu pérdida me acuito
Que faltára sin tí todo consuelo.
¿Quien cantára las ninfas de este suelo,
Y la tierra sembrára con las flores
Y á las fuentes con sombras y verdores?
¿Quien diria aquellos versos que cantabas
Si Amarilis tu amor á ver tornaabas
Los que te robé yo muy cauteloso
Y con ellos el campo era dichoso?
«Títiro, vuelvo pronto, no voy lejos,
«Apacenta el rebaño, y haz que beba:
«Pero si eres tú mismo el que lo lleva,
«Tomarás advertido mis consejos,

«Con el cabron evita el encontrarte,

«Que, Títiro, tal vez pueda toparle.»

Mér. Háblame tú mas bien de los cantares

Que á Varo dirijiera, y no ha acabado

Cuando él recordaba sus pesares;

Aun tenemos á Mántua y á su lado

La mísera Cremona. Los canoros

Cisnes de la ribera al alto cielo

Llevan tu nombre en magestuoso vuelo.

Lic. Asi el amargo tejo de Cirene

No reciba tu enjambre resonante,

Y el florido citiso dé abundante

Leche y los ubres de tus vacas llene

Dime de versos nuevos los que sabes;

De ser solo poeta no te alabas,

A mí tambien las musas me formaron;

Los pastores, poeta me nombraron;

Mas á ellos jamás creerles quise

Porque de Varo y Cinna nada hice

Que de ellos digno fuera; eran senidos

De un ganso ronco por un cisne oidos.

Mér. Quisiera complacerte, y trabajando

Estoy á ver si puedo ir recordando

Versos dignos de tí. Oye, pues, estos

Por la musa con gracia bien dispuestos.

«Ven pues, ó Galatea; ¿por qué juegas

«Con las traíderas ondas, y no llegas

«Con la purpurea primavera hermosa

«Jurto al rio á mirar con la olorosa

«Flor del álamo cándido brillando

«Que con la umbrosa vid se está enlazandô?

«Ven, Galatea, deja la mar fiera

«Que espumosa combate la ribera.»

Lic. ¿Y aquellos que tú solo recitabas

Y á la callada noche regalabas?

Yo los oí y el tono he conservado

Pero, Méris, la letra yo he olvidado.

Mér. «O Dáfnis, ¿por que miras las estrellas

«Antiguas que en Oriente lucen bellas?

«De Cesar Dioneo el gran lucero

«No ves que ya aparece, sazizando

«Los frutos y collados coronando?

«Planta perales, Dáfnis, lo primero,

«Que á tus nietos darán frutos sabrosos

«Alegrando los campos abundosos.»

Todo lo roba el tiempo y aun la mente

De la injuria del mismo se reciente.

Jóven te conocí, tengo presente

Que yo cantaba entonces dulcemente

Al esconderse el sol, pero mis cantos

La memoria ha Lorrado y sus encantos,

Y mi voz apagarse tambien quiere

Cual si al lobo, primero, visto hubiere:

Pero Menalcas te dirá en volviendo,

Veces mil estos versos repitiendo.

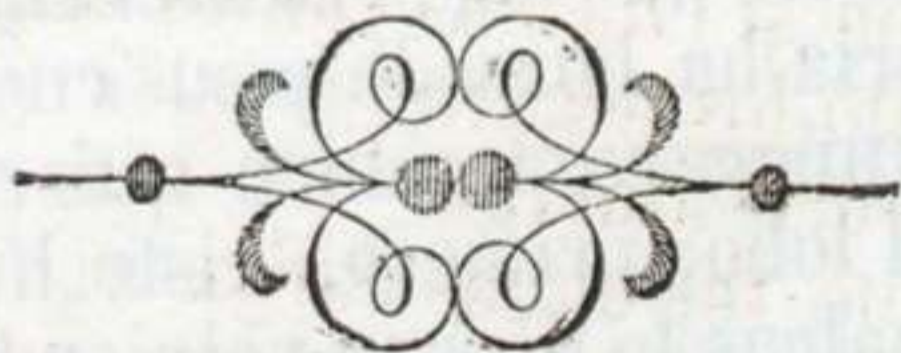
Lic. Vanos pretestos son que mi deseo

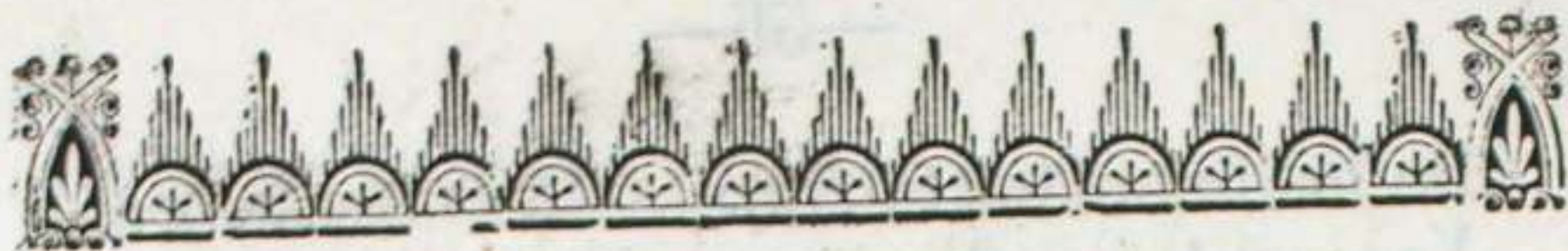
El retardar intentan, solo veo:

Tú bien miras las endas silenciosas,

Ni murmuran las áuras bulliciosas,
 Que del camino á la mitad estamos
 Y de Bianor la tumba ya miramos.
 Quedémonos aquí donde la mano
 Del labrador despoja al árbol vano;
 Aquí cantemos, Méris, y tus cabras
 Pongamos en la tierra que tu labras,
 Que á la Ciudad llegamos con el dia:
 Y si la noche lluvia nos envia,
 Podemos continuar nuestro camino
 Cantando, que asi menos nos molesta;
 Y aun á llevar tu carga ya me inclino
 Si esto impedir nos puede nuestra fiesta.

Mér. Pastor, no insistas mas, pero acabemos
 Que á mas graves negocios nos iremos.
 Que en Menalcas volviendo, habrá sobrado
 Tiempo para cantar desocupado.





Egloga 10.^a

GALO.

Benigna, me concede ¡oh Aretusa!
Este mi último canto con tu ayuda,
Y á mi querido Galo cantar pueda
Con voz sonora y leda
Versos que su Licóris luego acuda
A escuchar mi sensible y blanda musa.
¿Quién si ella sus cantos inspirára
A Galo los negára?
Asi Dóris amarga
La que tus aguas carga
En el mar de Sicilia con sus sales
Con los suyos no mezcle tus cristales.

Empieza, pues, y mientras que pastando
Están mis cabritillas la verdura

De los arbustos tiernos,
Yo seguiré cantando
Sus tormentos de amor y de amargura
Y dolores eternos.
Insensibles no fueran
Las plantas que me oyeran
Y mis quejas sintieron
Que los ecos del bosque repitieron.
¡Oh ninfas! qué habitais las claras fuentes,
¿Qué florestas detienen vuestro paso,
Mientras suenan de Gálo los dolientes
Ecos de amor su corazón hiriendo?
Ni os detiene la altura del Parnaso,
Ni el dulce Pindo, ni Aganipe ahora,
Lamentosos; bien sé también os llora
El laurel y el arbusto con los pinos
Del Menalo y florestas tan vecinos:
Y el Liceo y sus hielos le sintieran,
Si gimiendo le vieran
Só la roca tendido solitaria,
Sus ovejas no menos afligidas
En torno de él están de pena henchidas
En la fortuna de su amor contraria.
Poeta de los Dioses tan querido,
¿Por qué tú no has de amar el dulce egido?
Rebaños guardó Adénis el hermoso
Junto al río pastándolos gozoso.
Con ellos el pastor llegó el primero,
Y más tarde después viene el boyero

Y con ellos Menálcas muy mojado
Por recojer bellotas en el prado.
Y todos le preguntan ¿de dó nace
Ese amor tan estraño que te place?
Viene tambien Apolo y te dijera:
¿Galo, de donde viene esta ceguera?
Licoris á quien amas con terneza,
Del invierno venciendo la crueza,
Y de sangrienta guerra los horrores,
Sigue de tu rival finos amores.

Viene despues ceñido el buen Silvano
De campestre corona, y en la mano
Los ramos agitando mas floridos
Y los lirios de vástagos cumplidos.
Al Dios de Arcadia Pan allí le vimos
Con rojo bermellon el rostro tinto
Y que decia oimes:
¿A dó te arrastra ese amoroso instinto?
Amor á manos llenas
Envia á los amantes crudas penas,
Se alimenta con lágrimas ardientes;
Y los prados rientes
Antes se saciarán de lluvia clara,
Y la abeja de flores siempre avara,
Y la cabra inconstante de verdura,
Que en lágrimas amor halle su hartura.
Habitantes de Arcadia, respondiera
Galo, á lo menos, si vuestra voz fuera
Lá que en estas montañas resonára

Y de mi mal la historia les contára,
Cantad vosotros que el Arcadio solo
El cantar le concede el rubio Apolo.
¡Oh! si cuando mis huesos blandamente
En mi tumba reposen dulcemente,
Sonára vuestra fláuta mis ardores
Por los sábios pastores!
¡Ay quien hubiera sido
Pastor como vosotros, y esprimido
El oloroso néctar en las cubas
De las brillantes sazoadas ubas!
Entonces á mi Filis tierno amára
O Amintas el hermoso me cantára,
Que aunque del sol tostado,
De la viola el color es muy preciado;
U objeto de mi amor fuese cualquiera,
Conmigo entre les sáuces él yaciera
Bajo la sombra de la vid frondosa;
Filis lindas guirnaldas me tejiera
Y Amarilis cantára.
Alli la fuente fria resonára
Y con flores el prado engalanára
Para tí, mi Licoris peregrina,
El bosque alli lo ves; y la edad mia
Contigo dulcemente pasaria.
Mas ora amor insano te aprisiona
Y Marte te eslabona
De las armas en medio. Mas tú, en tanto
Ausente de tu pátria ¿sabes cuanto

Creerme cuesta que paciente lleves:
Del Rin el frio y las Alpinas nieves?
Mas tú, hielo inclemente,
A sus plantas no toques insolente....
Adios, me voy á repetir el canto
Que el pastor de Sicilia me inspirára
Y el poeta de Cálcis me enseñára;
Y el bosque, las manidas de las fieras
Aprenderán de amor penas severas,
Y en las plantas grabando mis dolores
Arboles, si creceis, creced amores.

Entretanto de ninfas rodeado,
El Ménalo escarpado
Correré, jabalies persiguiendo,
Ni el Partenio sus frios difundiendo,
Detendrán los mis canes cazadores
Del bosque circuyendo los redores,
Y me parece venzo la espesura
Del bosque resonante y su verdura.
Me place disputar la gran destreza
Del Parto con su arco y ligereza,
Como si esto pudiera en mis furores
La medicina ser de mis amores,
O el Dios que así atormenta á los mortales
El rigor ablandára de sus males.....

Mas, ya no quiero ninfas, ni canciones,
Ni el bosque me deleita... Adios, mansiones,
Dó buscaba la calma todo en vano,
Nada puede mudar á amor insano.

Sí á los hielos del Ebro ora marchemos
O de Tracia en las nieves penetremos,
O en la Scitia lluviosa
O dó abrasado Febo en luz fogosa
Que á la vid vé morir desde su altura
Y al olmo y su verdura,
O si al astro de cáncer de Etiopia
Lleváre mis ovejas algun dia,
Amor triunfa de todo,
Cedamos al amor de cualquier modo.

Basta, o Musa, á tu alumno aqui sentado
Cuanto por tu favor haya cantado
Mientras mi mano teje un canastillo
Con el flexible junco.... sola, o Diosa,
Das valor á mi canto tan sencillo
A los ojos de Galo generosa,
Puedes de aqueste Galo por quien crece
De hora en hora mi amor, como acontece
Al árbol á quien mira primavera
Y nuevas flores cada instante espera.
Levantémonos ya, que es peligroso
A la sombra cantar, y aun es dañoso
El sombrío junípero; á las mieses
Mortífera es la sombra muchas veces.
Saciadas tornad ya, cabritas bellas,
Que ya viene el lucero y las estrellas.

Junio 5 de 1854.

FIN.

FE DE ERRATAS.

Pág.	xi	lín.	7	<i>dice</i>	Octavio	<i>léase</i>	Octavia.
»	38	verso	26	»	das	»	dais
»	42	»	13	»	De	»	Que
»	51	»	8	»	palabras	»	palomas
»	58	»	2	»	el	»	al

